

La escritura de Perejaume

Pere Gimferrer

Íbamos por el sendero de Ogassa, en el corazón de un grumo de niebla baja –“ el pan blando de la niebla” , en palabras de J. V. Foix– que escamoteaba el románico rústico y desnudo de la ermita y el silencio agrario del ganado, tan poderoso como un mugido profundo y acaparador; una niebla que nos dejaba, en las manos, un presente del Más Allá inmemorial, la cristalización, en forma de poema-objeto espontáneo, de una hoja de abeto fosilizada, restituida a la claridad verdosa y fría de la intemporalidad: pero más a menudo, a mediodía, aquel verano de 1987, cuando viajábamos a Mitjavila era el deslumbramiento del sol en maridaje con el césped lo que nos golpeaba el ojo y el espíritu.

Allí encontrábamos a Perejaume, pintor y escritor a la vez. Justo en el medio de la pradera, bajo la gran copa azulada del cielo que se vertía y el combate de dragones de las nubes blancuzcas, tenía un caballete con una tela que, de momento, cogía todo el aire de un paisaje de la escuela de Olot, y al lado, unas hojas mecanografiadas: fragmentos del texto de *Ludwig-Jujol*. De sobra sabíamos que, tiempo después, el paisaje ingenuo de aspecto olotino se convertiría en puro concepto, en ideograma de él mismo, como visto en un microscopio o en un antiguo espejo deformante del Tibidabo; no era, pues, esta mutación lo que nos inquietaba, sino las transiciones y metamorfosis que, en el escrito, establecían una corriente subterránea entre Luis II de Baviera y Josep Maria Jujol. Perejaume no considera fragmentable este texto, del cual el lector sólo lo encontrará aquí el añadido de Ogassa que, separado del cuerpo de la obra, lo cierra: sin embargo, para entender a Perejaume hay que conocer *Ludwig-Jujol*, no sólo lo porque es –con *Oïisme*– su libro literario más importante, sino porque la operación estética que en él se lleva a término caracteriza a Perejaume como escritor y como artista plástico.

La escuela o cofradía del “ yo pinto y basta” hace tiempo que ha sido superada en Cataluña. Miró escribió buenos poemas en francés y anotaciones personales de valor evidente en catalán; Dalí tenía indiscutible talento literario, aunque no siempre sabemos muy bien (quizá ni él lo sabía del todo) en qué lengua; Tàpies ha hecho una obra ensayística muy seria y continuada, además de un valioso libro de memorias personales. En ninguno de estos casos, sin embargo, se produce el grado extremo de entrecruzamiento y bifurcación que tiene la personalidad de

Perejaume, cuya obra teó rica (sobre todo *Ludwig-Jujol* y *Oïsme*, pero también jirones o cenefas de los otros libros) no sólo lo explica o ilustra la obra plástica o es su irradiación o proyección paralela, sino que en buena parte la fundamenta, la prepara, la dispara y la espolea, casi como el diario de Delacroix preveía las telas que quería pintar; o, más exactamente aún, como si se hubiera producido el hecho singular que Delacroix, en lugar de escribir su diario, hubiera escrito los textos de crítica de arte de Baudelaire.

Perejaume, más que un pintor que escribe, ¿ es, pues, un escritor que pinta, como Strindberg, o, en cierto sentido, como Antonio Saura? No completamente: no lo podemos definir de manera exacta ni diciendo que es artista plástico ni diciendo que es escritor. (No es un caso único: pasaba ya, en mi opinión, con Henri Michaux, por sendas muy diferentes.) Lo que singulariza a Perejaume es la concepción y realización – a la vez intelectual, verbal y plástica– de una serie de transmutaciones y de intercambios visuales e ideológicos entre órdenes aparentemente diferentes de la realidad natural y de la realidad artística. Lo define, por tanto, la persecución de la unidad, y en este sentido su trabajo – de una inteligencia extrema y, a la vez, de una instintiva capacidad de intuición preterracional– se parece al del poeta: el poeta procura (por medio de la metáfora o de la metonimia) recuperar la originaria unidad del mundo y de la palabra. Los escritos, los cuadros y las instalaciones de Perejaume son también metáforas y metonimias. La unidad que buscamos es el paraíso perdido, primigenio, de la poesía y de la pintura, el territorio (no de leyenda, sino históricamente del todo real) donde, en el alba de las culturas, habitaban naturalmente el poeta y el pintor. Pero no se deja seducir por ningún mito antropológico: sabe que, en contra de lo que (muy legítimamente, pero en vano) quería Artaud, un occidental de hoy no hará teatro de Bali, y sabe también que, si Picasso descubrió el arte negro, no fue para producir arte negro, sino arte de Picasso.

En el caso particular de Perejaume, aquella unidad perdida del mundo y de la palabra remite a la escisión de sentido que señala el momento en que la lengua catalana pierde la capacidad – que tenía en altísimo grado en Ramon Llull– de componer, por sí misma, toda una visión del mundo. Es esta pérdida, es esta escisión, lo que, por caminos muy diferentes, se han propuesto remediar la poesía de J.V. Foix y la de Carles Riba, la pintura de Joan Miró o la de Tàpies, por ejemplo. Y es en este sentido, más profundo y esencial, en el que la aventura textual y plástica de Perejaume continúa, de manera personalísima, el cometido de estos maestros, y recibe su herencia. Todos, al fin y al cabo, nos reencontraremos frente a frente con Ramon Llull, en la umbría donde se desvanece la grieta entre la palabra y el mundo, entre el signo y el sentido: el territorio más antiguo, y también el más vigorosa y rigurosamente contemporáneo.